

Capítulo 8: La libélula

Derren descansaba tras una pequeña elevación rocosa que lo protegía del viento, tumbado pero con los ojos abiertos y atentos ante toda señal de peligro. Y, eventualmente, para deleitarse con el amanecer. Todo un espectáculo.

Trozos de nubes arreboladas se deshilachaban delicadamente en el rosado lienzo atravesado por varias docenas de sombras que volaban en formación triangular hacia el oeste. A lo lejos, el abrigo de desfalleciente verdor del follaje iba clareando a medida que se retiraba la cortina de sombra. La cortina de la noche. El bosque despertaba.

Demi dormía a su lado con total despreocupación, arrebujada y con la mejilla sobre una mano. El cazador se levantó y se sacudió el polvo de encima. Alcanzó el macuto y sacó el odre de agua para hidratarse. Se dio varias bofetadas en la cara y trató de peinarse el pelo color rama, aplastando los cuernos que sabía que le habían salido. Oyó algo.

Aguzó el oído. Desprendimientos. Pequeños. Ligeros. Sordos. Alguien trepaba.

Se asomó rápidamente, con el latido de su corazón acelerado. No podía ser un animal, pero sí algún insecto de esos que eran demasiado grandes para su gusto. Odiaba hundir su catana en cosas viscosas y le repugnaban las manchas de esa asquerosa sustancia verde.

Se llevó una sorpresa al comprobar que se trataba de una persona. Una persona que le sonrió a unas pocas zancadas de la cima. La cazadora de Serpentia. La que había conocido en el barco, navegando por el mar central. ¿Los habría detectado ella antes o sería mera casualidad?

– Supongo que la papilla de huevos al pie de este colmillo es cosa tuya –declaró mientras se sacudía el polvo de encima y desanudaba la cuerda que había usado para asegurarse–. Yo tampoco habría dejado que salieran de ahí mini libélulas, ¿sabes?

– Me alegra que lo apruebes.

– Yo me los habría comido. Estoy harta de raíces y flores. ¿Es que no hay lobos en este bosque? ¿Y qué ha pasado con los cerberos? La última vez que vine estaba plagado de ellos.

– No lo sé... A mi también me extraña... No hemos visto a ni uno. Y todos los cadáveres que nos hemos encontrado estaban enteros.

– Supongo que eso ya no importa. La libélula aparecerá en cualquier momento en busca de sus preciosos huevos. ¿Crees que se cabreará cuando vea que no están? ¡Puede que nos confunda con sus crías! ¿Sabes imitar el ruido de una libélula?

El cazador alzó una ceja. Cuanto más hablaba, menos impresionante le parecía la cazadora de Serpentia. Su hebilla inspiraba respeto, pero sus palabras y sus risas le restaban ese efecto.

– Por cierto, mi nombre es Ysbra. Derren, ¿verdad? –la mujer se fijó en la silueta que yacía tumbada tras unas elevaciones rocosas y decidió acercarse haciendo caso omiso de lo que fuera que cacareaba el cazador–. ¿Qué demonios hace esta chiquilla aquí arriba? ¡Y con un jubón de cazador! ¡Pero si no es más que una cría!

Demi se despertó sobresaltada y miró a todos lados. Se frotó los ojos con ambas manos y abrió la boca asustada al ver a la cazadora frente a ella. Reculó con las manos apoyadas en la tierra y sin dejar de mirarla hasta que su cabeza dio con la pared de roca que la había cobijado

del viento. Ysbra sonrió y desenfundó más veloz que el propio sonido del acero. Adoptó un gesto amenazador, con el sable dispuesto a empezar a cortar a la chica en pedazos.

– ¡Derren! –gritó, asustada y acorralada.

La expresión inocente de la muchacha mutó. Pasó de la inocencia personificada a un rostro fiero y salvaje. Se incorporó de un salto, movida por los nervios, y se acercó a la espada con las facciones endurecidas y las mandíbulas apretadas. Sus ojos grises destellaron carentes de miedo y, por un segundo, Ysbra tuvo la impresión de que un trozo de su iris se volvía rojo como la sangre.

Derren se presentó por fin, con una sonrisa ladeada y la catana enfundada a la espalda. Demi exhaló un suspiro de alivio en cuanto lo vio, y sus facciones volvieron a la normalidad.

– Tranquila, es una compañera. Los cazadores tenemos prohibido matarnos entre nosotros.

– ¡Ah! Sabía que esta chiquilla no podía ser cazadora, ni aunque fuera del territorio más pequeño de los Mil Reinos. Tiene la cara blanda de los que no han cazado ni una ardilla. Aunque cuando se enfada... ¡vaya, que no le gustan las bromas!

Ahí arriba, en lo alto del farallón, no tenían más remedio que esperar pacientemente. Sentados pero en tensión. Esperar a los dardos de la muerte, para esquivarlos. La zona no era adecuada para tender trampas, ni siquiera si hubieran tenido a mano los materiales del bosque. Eran tres. Dos espadas y un arco. Aunque un arco que difícilmente serviría para atacar desde la distancia, pues era muy rudimentario, por no hablar de las flechas, que lo eran aún más.

Estuvieron hablando de las piezas que habían cazado el uno y la otra, de los pequeños reyes para los que habían trabajado y las recompensas. Ninguna había sido superior a los tres mil escudos de plata que ofrecían por la libélula.

– Nunca había visto tanta plata junta. Me pregunto cómo me la voy a llevar del palacio ese. ¿Y tú, ya has previsto un macuto más grande?

– Pedí que preparara un carro, y comprar un asno no será un problema.

– Pero... –intervino Demi– ¿quién de los dos se llevará la recompensa, si la cazáis a medias?

Los dos cazadores se miraron. Dadas las circunstancias, a Derren no le importaba tener refuerzos para combatir con el monstruo que había matado a los demás cazadores. De hecho, eso lo tranquilizaba. Solo un idiota rechazaría la ayuda de alguien de Serpentia. Solo un idiota combatiría solo frente a un rival desconocido, un monstruo nunca visto.

– Supongo que mil quinientos escudos de plata serían más fáciles de transportar –terció Ysbra sin darle importancia al asunto.

Derren asintió con gesto aprobador y la muchacha sonrió, pues esa era la respuesta que había querido escuchar. Pero su sonrisa duraría poco.

Llegó un momento en el que Ysbra se puso tensa. Derren se extrañó, y una sana inquietud se apoderó de él. ¿Había llegado el momento? Acto seguido, la cazadora se puso de pie, flexionó las rodillas y miró a todas partes con un dedo en la boca que pedía silencio. Demi, que estaba contando una historia justo en ese momento, enmudeció. El cazador por su parte aguzó el oído. ¿Era posible que esa mujer tuviera mejor oído que él?

Ahora él también lo oía. Un zumbido lejano. El zumbido de unas alas. Alas que se movían a gran velocidad. Parecía que cien mil abejas se dirigían hacia ellos dispuestas a aguijonearlos a costa de sus vidas.

Un punto negruzco apareció en lontananza, moviéndose por delante de las nubes blancas que tachonaban el cielo añil. Cualquier persona normal lo habría confundido con una simple ave rapaz, pero el zumbido no engañaba a los cazadores. Era un sonido único, un sonido nuevo. Derren había estudiado cientos de sonidos en la escuela de caza. Allí tenían cautivas a docenas de aves e insectos, anfibios y lagartos, felinos, caninos y monstruos de lo más peculiares.

Ysbra desenfundó y Derren se dio la vuelta para dirigirse hacia Demi. La vio completamente petrificada, pálida como la cal.

– ¡Dame tu arco y escóndete tras esa elevación! –ordenó.

La muchacha le lanzó su arma y las tres flechas que le quedaban, atadas con un lazo de tallo y fue a refugiarse. Derren atrapó todo al vuelo y probó a tensar la cuerda. Quizá sirviera para atravesarle un ala, quizá...

– ¿De verdad piensas hacer algo con ese juguete? –se mofó la cazadora.

Su tono de voz no denotaba ni un ápice de temor. Derren, en cambio, estaba nervioso. Y sí, ¿por qué no admitirlo? Tenía miedo. El miedo lo hacía moverse más rápido, apuntar mejor, golpear más fuerte. Al igual que la soledad, el miedo era un fiel compañero. Sin duda el compañero que más veces le había salvado la vida.

– Así no me tomará en serio –se le ocurrió decir en su defensa–. Quizá baje la guardia.

Mientras hablaban, la difusa mancha negra se hacía más grande y nítida en su retina. Se distinguían cuatro patas que colgaban dobladas en el aire y una quinta hebra que debía de ser la cola. Derren colocó una flecha en la cuerda y la tensó hasta la mitad.

Cuando estuvo más cerca, el zumbido se hizo atronador. Ambos cazadores comprobaron que aquella criatura tenía poco de libélula. De no ser por las alas translúcidas, a nadie se le habría ocurrido comparar a aquel monstruo con un insecto. Sus alas vibraban a una velocidad pasmosa, la necesaria para mantener en el aire a esa bestia grande como tres caballos.

El cazador apuntó. Tensó la cuerda hasta donde la creyó capaz de aguantar y... soltó. La saeta surcó el cielo transportando una funesta promesa. Todos miraron la trayectoria, expectantes. Pero el bicho la vio venir a la legua y tan solo tuvo que bajar el vuelo de unos palmos para esquivarla. Entonces, Derren armó el arco de nuevo y soltó la segunda. Acto seguido, colocó la última flecha y disparó.

Todos lo vieron. Y los oyeron. Dos silbidos mortales. La libélula esquivó la segunda saeta, pero no pudo evitar la última, que volaba más baja. Atravesó la membrana de sus alas y se perdió en el infinito mar azul del cielo. El monstruo aulló y sus cuatro alas vibraron con más ahínco. El ala perforada seguía funcionando a la perfección.

Derren maldijo para sí, tiró el arco y desenfundó. El filo verdoso del helieno refulgió ante la atenta mirada de Ysbra. Ella también se preparó para darle al monstruo una fría bienvenida.

– Espero que te hayan enseñado a jugar en equipo, Derren –declaró con media sonrisa.

Lo cierto era que no, pero Derren se limitó a asentir con gesto serio. Ya no había tiempo para las dudas. Era el momento de dar rienda suelta a los instintos de cazador, pues la presa ya estaba ahí.